

Problemas de la observación de los fenómenos comunicacionales

Sergio Moyinedo

Imaginemos una situación cotidiana: llegamos a nuestra casa, nos sentamos en el living y encendemos el televisor. Una vez encendido el aparato comenzamos a recorrer la programación usando el control remoto; mientras hacemos *zapping* observamos fragmentos de programas y en esa observación distinguimos entre programas de ficción y de no-ficción, entre noticieros, telenovelas, *reality shows*, *sitcoms*, *magazines* femeninos, etcétera; también podemos identificar diferencias entre programas de una misma clase, por ejemplo entre cadenas de noticias «serias» y «sensacionalistas». Podemos, finalmente y según nuestras costumbres a la hora de mirar televisión, continuar deslizándonos por la oferta de la señal de cable según recorridos diferentes hacia adelante, hacia atrás, a los saltos, usando el comando de *surfing*, o detenernos a mirar un programa, o apagar el televisor.

Desde luego, esta situación es muy natural para la mayoría de nosotros y es justamente esa *naturalidad* con la que nos apropiamos cotidianamente de los mensajes televisivos la que me interesa poner aquí a consideración. Sentarnos en nuestro living a mirar televisión no parece una actividad demasiado compleja, sin embargo, cada vez que realizamos las acciones enumeradas más arriba estamos poniendo en funcionamiento una enorme y complejo sistema de operaciones que organizan nuestro vínculo con el texto

televisivo.⁴ Por decirlo con la conocida frase de Ernst Gombrich: «no hay ojo inocente» (Gombrich, 1998), frase que, aplicada a nuestro ejemplo, define la no naturalidad de nuestra actividad espectral televisiva. De hecho, ninguna percepción es inocente, es decir, que nunca nos enfrentamos con el mundo por primera vez sino que cada vez esa observación se organiza en torno a un conjunto de saberes acerca del mundo; cuando abrimos los ojos – y no sólo para ver televisión– se pone en acto un universo de esquemas perceptivos que organizan y regulan nuestra vinculación con aquello que vemos, estos esquemas no provienen de otro lugar que de la cultura a la que pertenecemos.

De ahí que tampoco sea natural nuestra relación perceptiva con un texto televisivo, mirar televisión no es en modo alguno una actividad natural sino que implica un conjunto de saberes que ponemos en funcionamiento durante el tiempo que estemos frente al aparato. No se trata de saberes formalizados, sino de saberes que hemos incorporado por vivir en una sociedad, entre otras cosas, *televisiva*. Los habitantes de una cultura sin televisión seguramente harían cosas no previstas por nosotros si se enfrentasen a un televisor. Distinguir entre una telenovela y un noticiero, hacer *zapping*, recomponer las elipsis espaciales y temporales de un relato audiovisual, diferenciar programas grabados de programas en vivo, los de ficción de los de no-ficción, y las innumerables operaciones que habitualmente llevamos a cabo cada vez que vemos televisión, depende de la posesión de un conjunto de saberes acerca del dispositivo televisivo, de los tipos discursivos, de los géneros y de los estilos que configuran la práctica televisiva contemporánea. Pues bien, mientras miramos televisión nada de este mundo de determinaciones nos es visible.

Mientras miramos televisión, todas las operaciones que regulan ese mirar permanecen ajenas a nuestra conciencia. Por ejemplo, la recomposición de una elipsis espacial depende de un saber

⁴ Se usa el término «texto» según la definición de Eliseo Verón como «paquete de materia significante».

acerca de los dispositivos audiovisuales –entre ellos la televisión– que hemos incorporado durante nuestra vida en esta sociedad, la actualización –la puesta en acto– de ese saber evita, por ejemplo, que pensemos que en una telenovela hay una cabeza sola que habla⁵ sino que a esa cabeza le corresponde un cuerpo y ese cuerpo a un mundo que se despliega en el fuera de campo imaginario. La operación retórica *elipsis* permanece invisible como tal, y esa invisibilidad es condición necesaria según los hábitos vigentes de la mimesis audiovisual. Y de igual manera, todas las operaciones que regulan nuestra actividad espectral televisiva permanecen *para nosotros* invisibles *mientras* miramos televisión.

Para nosotros busca enfatizar la idea de que *en el momento* en el que miramos televisión las operaciones permanecen ajenas a nuestra conciencia; pero no quiere decir que esas operaciones no puedan ser observadas, ese privilegio está reservado para otra figura, muy diferente de la del espectador, que llamaremos *analista*. Al analista le es dado ver aquello que permanece invisible para el espectador televisivo, puede observar y describir las operaciones que regulan, si seguimos nuestro ejemplo, el vínculo entre el espectador y el texto televisivo. La escena del análisis es de naturaleza diferente a la escena del consumo televisivo, y lo que tiene delante de sus ojos el analista es consecuentemente de naturaleza muy distinta de aquello a lo que se enfrenta el espectador. Cabe aclarar a esta altura que con los términos *espectador* y *analista* no nos referimos a dos personas diferentes sino a dos *posiciones* de observación posibles frente a un fenómeno social y, eventualmente, cada una de estas posiciones puede ser ocupada por una misma persona siempre teniendo en cuenta que el desplazamiento de una posición a otra implica un desplazamiento temporal: no se puede a la vez ser espectador de televisión y analista de discurso televisivo. Cada uno de nosotros puede, en tanto personas, encarnar la figura del analista por la mañana y la del espectador por la tarde

⁵ Situaciones así se dieron en los comienzos del cine, como se menciona en el capítulo sobre el dispositivo técnico.

siempre y cuando no dejemos que nuestra subjetividad de espectadores contamine nuestra rigurosidad analítica ni que nuestra pasión analítica opaque el placer del texto televisivo; si eso sucediera, no seríamos ni buenos analistas ni buenos espectadores.

OBSERVADORES

Como vimos, las figuras del espectador y del analista representan dos posiciones de observación desplazadas, y este desplazamiento involucra dos conjuntos diferentes de prácticas que están asociadas a cada una de esas dos actividades de observación. Esas dos posiciones se corresponden con lo que Niklas Luhmann denomina *observador de primer orden* y *observador de segundo orden*. En el ejemplo que venimos viendo, el espectador es un observador de primer orden y el analista es un observador de segundo orden.

Si seguimos las ideas de Luhmann, nuestro espectador, en tanto observador de primer orden, «permanece en el mundo» (Luhmann, 2005: 100), mundo en el cual «el observador mismo y su observación se mantienen inobservados» (Luhmann, 2005: 107). El observador de primer orden habita y se relaciona con ese mundo «como si» su comportamiento de observación no estuviera determinado históricamente. El observador de primer orden ha naturalizado –ha hecho habituales– de tal manera los comportamientos de observación que no percibe esa determinación histórica. Esa naturalización lleva al observador de primer orden a creer que su observación es absoluta, que no hay mediación entre él y ese mundo que se le presenta evidente; sin embargo, hay algo que este observador no puede ver: a sí mismo observando. El observador de primer orden lo ve todo salvo su propia actividad observacional; al respecto Luhmann (2005: 101), considera que

Toda observación constituye el estado incompleto de las observaciones pues se elude a sí misma y a la diferencia constitutiva de la observación. La observación por ello debe aceptar un punto ciego –gracias al cual puede ver algo, pero no todo-. [...] lo

inobservable de la operación del observar es condición trascendental de su posibilidad.

Es ese *olvido* de su condición de observante lo que constituye la posibilidad de permanecer en la creencia de las representaciones que se hace del mundo. Si el observador no neutralizara la historicidad de su observación, y fuera consciente del punto ciego y del carácter parcial de su observación, todas sus representaciones caerían en un relativismo que haría imposible la vida social. El observador de primer orden necesita de una base sólida y estable (Ceruti, 2000: 52)⁶ desde la cual mirar el mundo, y el precio que paga por la verdad de sus percepciones y representaciones del mundo es el olvido de su propia contingencia. El olvido, la ceguera, la ignorancia de las reglas que organizan su observación le aseguran la posibilidad de la comunicación; en un diálogo, por ejemplo, no podemos *al mismo tiempo* conversar y dar cuenta de las reglas que organizan la conversación. La metáfora que describe esa invisibilidad de las reglas es la de la *transparencia*.

Volvamos a nuestro ejemplo televisivo, no podemos *al mismo tiempo* disfrutar de la mimesis televisiva y describir las operaciones por las que la mimesis se presenta como efecto de sentido; la representación audiovisual de un partido de fútbol requiere del espectador la actualización de un conjunto de saberes, entre ellos los que corresponden a las operaciones de semejanza que determinan una relación icónica entre el signo y su objeto. Ese espectador ignora el funcionamiento semiótico de lo que para él no es más que un sucedáneo verdadero de un suceso del mundo, un partido de fútbol; y esa ignorancia asegura la *trasparencia*⁷ de la representación respecto de lo representado propia del efecto mimético.

⁶ «[...] la coherencia de nuestra imagen del mundo [...] está garantizada de tanto en tanto por la presencia de un *metanivel inviolado* que se asume como fondo, como invariante sobre la cual se destacan niveles y objetos violados, es decir, sometidos a un juego de cambio y a menudo de extravagante entrecruzamiento» (Ceruti, 2000: 52).

⁷ Debemos aclarar que no hay textos transparentes u opacos en sí mismos, tanto *transparencia* como *opacidad* son términos utilizados aquí para describir figurativamente *modos de funcionamiento* de los textos.

Pero todas aquellas operaciones que necesariamente permanecen invisibles para el observador de primer orden (nuestro *espectador*), se tornan visibles para lo que Luhmann denomina observador de segundo orden (nuestro *analista*). El observador de segundo orden es un observador de observaciones.

para la observación de segundo orden se hace observable la inobservabilidad de la observación de primer orden –pero únicamente bajo la condición de que el observador de segundo orden (como observador de primer orden) no pueda observar su observación ni pueda observarse a sí mismo como observador– (Luhmann, 2005: 108).

Detengámonos en esto que a primera vista parece un trabalenguas, para recordar que esa «inobservabilidad de la observación de primer orden» se fundaba en el carácter necesario de la ceguera del observador de primer orden con respecto a su propia actividad de observación. Pues bien, aquello inobservable al observador de primer orden se hace observable al observador de segundo orden, todas las operaciones que se ponen en juego durante una observación de primer orden pueden ser descritas por el observador de segundo orden. Ahora bien, este observador de segundo orden es al mismo tiempo un observador de primer orden, dicho de otra manera, este segundo observador puede observar las operaciones que determinan la observación de primer orden pero permanece ignorante de su propia actividad. El analista, observador de segundo orden, ignora *durante el análisis* las operaciones que organizan la vinculación analítica con su objeto de análisis; esa ignorancia asegura la viabilidad de sus representaciones neutralizando la improbabilidad –historicidad– de toda observación. Las políticas vigentes de producción de conocimiento implican esa neutralización –durante el análisis– de la historicidad de las representaciones analíticas. Todo esto desde el momento en que existen expectativas en nuestra sociedad que constituyen al analista –por ejemplo, un científico social– en una fuente de representaciones objetivas y, por ello, absolutas del mundo.

Volviendo a nuestro ejemplo, hay una diferencia fundamental entre la actividad del espectador de televisión y la del analista de la discursividad televisiva, mientras que lo que tiene el espectador delante de sus ojos –observación de primer orden– es un texto del cual obtiene un sentido sin percibir las condiciones históricas bajo las cuales ese sentido se configura, el objeto de la observación analítica –de segundo orden– consiste en los juegos de operaciones que determinan históricamente la apropiación del mensaje televisivo; es decir, el analista no mira televisión sino que observa esos juegos de operaciones que determinan cierto modo de circulación social de sentido, que en nuestro ejemplo involucran las prácticas de apropiación previstas socialmente para el dispositivo televisivo. Cuando actuamos como espectadores, ponemos en juego, sin necesidad de explicitarlos, distintos juegos de diferencias que organizan nuestro consumo televisivo; por ejemplo: ficción/no-ficción, encendido/apagado, telenovela/noticiero, clásico/posmoderno. Cada uno de esos cuatro juegos de diferencias son ejemplos de cuatro diferentes niveles de determinación a partir de los cuales el analista puede describir operaciones productivas asociadas a cada uno de ellos. Todos distinguimos, por ejemplo, el carácter ficcional de una telenovela del carácter no-ficcional de un noticiero; ahora bien, tanto lo ficcional como lo no-ficcional no son propiedades intrínsecas de ciertos textos sino dos modos de funcionamiento fuertemente regulados y estabilizados por el hábito social de consumo televisivo, esos modos de funcionamiento están organizados en torno a ciertas operaciones que no percibimos como tales cuando le otorgamos crédito testimonial a la representación televisiva de un acontecimiento o cuando nos dejamos llevar por la mimesis ficcional de un relato telenovelesco. Todas esas regulaciones que no percibimos cuando miramos televisión, se vuelven evidentes cuando pasamos a ocupar una posición de observación de segundo orden o analítica. Frente a nuestros ojos ya no tenemos un programa de televisión sino un sistema de relaciones lógicas que regula, por ejemplo, la distinción entre prácticas ficcionales y no-ficcionales habitual en nuestra sociedad. El observador de segundo orden, el analista, no mira televisión, observa operaciones.

Un punto central en esta asignatura es, justamente, la posibilidad que tenemos de diferenciar nuestra posible posición frente a los fenómenos comunicacionales. La propuesta de la cursada es abandonar momentáneamente nuestra habitual posición de observadores de primer orden –por ejemplo, como espectadores televisivos– para asumir la posición, menos habitual, de observadores de segundo orden, observadores de observaciones. Veamos otros aspectos relacionados con esta distinción.

USO Y OBSERVACIÓN DE LAS CATEGORIZACIONES SOCIALES

La socióloga del arte Nathalie Heinich hace una distinción entre el *actor social* y el *científico social* en cuanto a las prácticas que corresponden a cada una de esas figuras (Heinich y Schaeffer, 2004). Podríamos comparar la figura de actor social con la de observador de primer orden y la del científico social con la del observador de segundo orden. Retomaremos esa diferencia entre las posiciones de observación a partir de la problematización que hace Heinich de la naturaleza de las categorizaciones sociales.

La socióloga francesa desarrolla esta reflexión tomando como punto de partida el problema de las fronteras que diferencian las prácticas artísticas de aquellas que no lo son. Se trata básicamente de una reflexión acerca de las fronteras categoriales y su funcionamiento bajo distintos regímenes de observación, allí aparece una primera distinción:

El uso efectivo de las fronteras cognitivas por los actores [...] y su descripción por los historiadores y los sociólogos, no resulta de la misma estrategia enunciativa, del mismo registro de discurso (Heinich, y Schaeffer, 2004: 22)

En correspondencia con lo que definimos como observador de primer orden, el actor social se mueve según trayectorias naturalizadas; es decir, sin poder percibir, mientras las ejerce, las operaciones que determinan sus hábitos de categorización. ¿Cuáles son estos hábitos? pues aquellos que nos permiten –en tanto actores

sociales- distinguir entre conjuntos de fenómenos que constituyen nuestra vida social: la diferencia entre un fenómeno artístico, uno científico y uno religioso -por poner sólo un ejemplo- se organiza en torno en prácticas categorizadoras que hemos asumido simplemente por vivir en esta sociedad y que naturalmente instauran fronteras entre el arte, la ciencia y la religión. Es decir, el actor social, ejerce las categorías sin percibir su carácter contingente, histórico. Un buen ejemplo, pues, de actor social es nuestro espectador del punto anterior, que vive ignorante de la operatoria categorizadora que pone en funcionamiento mientras distingue, por ejemplo, géneros televisivos durante su deslizamiento por la oferta del cable.

Del actor social al científico social lo que cambia, según Heinich, es la manera de concebir la naturaleza de la frontera categorial, según se asuma el punto de vista de quien usa las categorías o el punto de vista de quien las estudia. El actor social, desde su punto de vista, no percibe el carácter histórico del sistema categorial que para él está dado naturalmente.

Para el científico social esa *naturalidad* se convierte en *naturalización*; es decir que, en cuanto observador de segundo orden, le es dado observar el proceso de constitución histórica, y por eso contingente, de aquello que el actor social percibe como una distinción fundada naturalmente. En ese sentido, y según la propuesta metodológica de Heinich, lo que el científico social tiene delante de sus ojos es justamente ese proceso de constitución histórica de las categorías. Para el abordaje de las categorizaciones sociales, la autora propone:

Interrogarse sobre la constitución misma de esas categorías, su evolución histórica, y la manera en que estas construcciones mentales se encuentran poco a poco reificadas en las instituciones y en las palabras, instrumentalizadas en luchas políticas (Heinich y Schaeffer, 2004: 15).

El científico social procede desnaturalizando prácticas categorizadoras «reificadas», convertidas en hábito por el uso social. Ahora bien, según Heinich y Jean-Marie Schaeffer -quien

comenta el artículo de la socióloga- hay diversas maneras de concebir la naturaleza de las categorías y cada una de esas concepciones implica una metodología de observación diferente. Los autores distinguen en principio dos maneras antagónicas de considerar la naturaleza de las categorías: la esencialista y la constructivista dura. Para un punto de vista esencialista, las categorías estarían naturalmente dadas y para un punto de vista constructivista duro serían un invento del lenguaje. Buscando una alternativa a las dificultades que presentan las posiciones esencialista y constructivista dura⁸, Heinich y Schaeffer optan por una posición de observación que considere tanto el carácter dado como construido de las categorías, categorías que ahora se presentarían ante el científico social como un sistema de co-determinación entre lo dado y lo construido. Según Schaeffer, para comprender el funcionamiento de las categorizaciones sociales «es necesario considerar en conjunto su aspecto performativo [...] y su aspecto descriptivo» (Heinich y Schaeffer, 2004: 33). De esto debe comprenderse que las categorías no sólo describen conjuntos de fenómenos (aspecto descriptivo) sino que, a la vez, los constituyen (aspecto performativo). Las distinciones del lenguaje no sólo describen lo que ya está sino que, distinguiendo, lo construyen. Para este autor, se impone una comprensión relacional de las categorías:

A favor de una concepción que reconoce a la vez su carácter construido y la existencia de restricciones cognitivas que se ejercen sobre esta construcción, restricciones ligadas a la historicidad misma de la categorización considerada: desplazar las fronteras presupone la existencia de líneas de fuerza ya instituidas, que hacen que no nos encontremos nunca frente a un real amorfo estructurable a voluntad; lo real está siempre ya estructurado y los desplazamientos que operamos son relativos a esta estructuración ya operatoria (Heinich y Schaeffer, 2004: 33).

⁸ Para un mayor desarrollo de la diferencia entre esencialismo y constructivismo, aconsejamos la lectura de la bibliografía.

Desde luego, el actor social ignora el carácter co-determinado de las categorizaciones que actualiza en sus prácticas habituales de distinción entre fenómenos, ese actor social es constitutivamente esencialista, es decir, concibe las distinciones categoriales como naturales. Por su parte, el científico social, opacando el mundo transparente en el que habita el actor social, puede –debe– dar cuenta de ese sistema de codeterminaciones que organiza las prácticas categorizadoras de la sociedad. Su objeto no es ni lo categorizado ni el categorizador, sino el conjunto de operaciones del que los actores sociales no son sino su soporte. Queda clara, así, la distinción entre las prácticas del actor y del analista:

Lo que distingue al actor del analista no es que el primero está en lo falso y el segundo en lo verdadero, sino que están en posturas pragmáticas diferentes: el primero juega el juego, el segundo lo describe. Dicho de otra manera, lo que Nahtalie Heinich nos muestra es que si las ciencias sociales pueden acceder a una validez cognitiva, no es porque dirían la verdad sobre lo que está supuestamente tematizado de manera errónea por el sentido común, sino por que se dan por objeto no aquello que es alcanzado por las categorizaciones de la vida vivida, sino esas categorizaciones mismas. La finalidad del sociólogo – y por extrapolación cualquiera que estudie las realidades sociales – no es remontarse más allá de las categorizaciones sociales hacia una supuesta realidad social (aún) no categorizada y que existiría independientemente de ellas, sino describir y explicar (en la medida de lo posible), esas categorizaciones mismas en tanto que constituyentes de esa realidad social (Heinich y Schaeffer, 2004: 35).

Finalmente, al igual que lo habíamos señalado con respecto al observador de segundo orden, la autorreferencialidad⁹ amenaza las representaciones del mundo provistas por las ciencias sociales;

⁹ La amenaza de la dimensión autorreferencial del lenguaje es la de que quede en evidencia la historicidad y, por lo tanto, el carácter contingente e inestable de toda representación.

en la medida en que el lenguaje deje ver su carácter contingente pone en peligro cualquier inteligibilidad del mundo. Schaeffer señala claramente este peligro:

Si (las categorizaciones) comportan siempre una dimensión autorreferencial, ¿qué sucede con el discurso del sociólogo o del antropólogo? ¿Categorizando a su vez realidades sociales, no se encuentra atrapado en el mismo movimiento? Y si esto es así ¿cómo tomar parte entre el alcance cognitivo del análisis y sus efectos de *selffulfilling prophecy*?¹⁰ (Heinich y Schaeffer, 2004: 34)

Y las «profecías autocumplidas» son algo que las políticas vigentes de la producción de conocimientos no pueden soportar; políticas, justamente, que trabajan arduamente en la neutralización de esa autorreferencialidad y en la construcción de un punto de vista a-histórico desde donde proveer representaciones objetivas del mundo. Esa necesidad de neutralización de la autorreferencialidad es equivalente a la necesidad del punto ciego que determina la viabilidad de las representaciones del observador de segundo orden. La suerte de las representaciones que el científico social haga del mundo dependerá, entonces, de la capacidad de neutralizar ese peligro latente que anida en todo lenguaje que no es otra cosa que su poder performativo.

METADISCURSO ANALÍTICO

Hasta aquí hemos distinguido al espectador del analista, al observador de primer orden del observador de segundo orden y al actor social del científico social. Son evidentes las equivalencias entre los primeros términos de cada par (espectador-observador de primer orden-actor social) de igual manera que lo son los segundos términos de esos pares (analista-observador de segundo orden-científico social). El segundo grupo es aquel en el que debemos ubicar

¹⁰ Profecía autocumplida.

nos para emprender un trabajo de observación analítica sobre los fenómenos de sentido en general y los comunicacionales en particular en tanto objeto de estudio de nuestra asignatura.

Para finalizar, veamos que lugar ocupa el analista en la teoría de los discursos sociales de Eliseo Verón. Según el autor, «la relación entre el discurso producido como análisis y los discursos analizados es una relación entre un metadiscurso y un discurso-objeto» (Verón, 1987: 133); esta posición *metadiscursiva* ubica al analista por fuera de las relaciones discursivas que está observando. Lo que el analista tiene delante de sus ojos es lo que Verón considera como la «unidad mínima de la red discursiva» (Verón, 1987: 132), es decir, un sistema de relaciones entre un discurso, sus condiciones de producción y sus condiciones de reconocimiento.¹¹ El analista puede dar cuenta de los procesos de circulación de sentido que organizan nuestra vida social y a los que, como actores sociales, permanecemos ciegos. Durante su observación, el analista *sale* de la red interdiscursiva para observar su funcionamiento. Nuevamente nos enfrentamos al problema de la posibilidad de la observación de segundo orden, ¿en qué medida le es posible al analista alejarse de la trama de relaciones interdiscursivas –de la que forma parte– para dar cuenta de ella? Según Verón, la posibilidad del análisis está resguardada en la medida en que se puede «Salir de la red, en relación con relaciones discursivas *determinadas*» (Verón, 1987: 133)¹², es decir, el analista no aborda nunca la totalidad de las relaciones interdiscursivas sino un fragmento que se constituye en objeto de su observación.

Es importante enfatizar la idea de que el analista –*durante el análisis*– no se encuentra en una posición de reconocimiento sino en una posición analítica con respecto a su objeto. Esto no es obstáculo para que en otro momento, bajo otras condiciones y para otro analista, el texto analítico de nuestro científico social pueda

¹¹ La teoría de los discursos sociales de Eliseo Verón será ampliamente desarrolladas durante la cursada.

¹² El destacado en cursiva es mío.

ser observado como parte de las condiciones de reconocimiento del fragmento discursivo del que es efecto.

CONSIDERACIONES FINALES

El trabajo de observación analítica de los fenómenos sociales en general, y de los fenómenos comunicacionales mediáticos en particular, comporta una actividad diferente de aquellas actividades que cumplimos cuando somos productores o espectadores de dichos fenómenos. Cuando alguien produce, por ejemplo, un noticiero televisivo, no puede percibir todo el complejo sistema de determinaciones que pone en juego durante el proceso productivo y que siempre trascienden cualquier intención individual; por otra parte, cuando alguien que, sentado en el living de su casa, mira un noticiero en su televisor, no es consciente en ese momento del complejo sistema de operaciones que determina su vinculación con una representación de la actualidad del mundo. Ahora bien, cuando alguien se ubica en una posición de análisis con respecto a un fenómeno comunicacional que involucra el dispositivo televisivo, se le tornan visibles todas aquellas operaciones invisibles para el productor y el espectador. Finalmente, todos podemos ocupar cualquiera de las tres posiciones, aunque no simultáneamente: una cosa es producir un programa televisivo, otra mirar un programa televisivo y otra analizar un fenómeno televisivo. La propuesta de esta asignatura comienza, pues, con una invitación a dejar de lado momentáneamente nuestras habituales posiciones de productores y consumidores de textos mediáticos para ubicarnos en una posición de analistas de esos fenómenos sociales.